



Nº 8

19 marzo 2021

Boletín del VI Encuentro de Elucidación de Escuela

Presentación

Manuel Montalbán parte de una doble pregunta: ¿hay análisis sin Escuela?, ¿hay analista sin Escuela? Para intentar responder nos ofrece una declinación argumentada y aderezada de buenas referencias, en torno a la expresión deseo de Escuela: Deseo del análisis, deseo del analista, deseo de Escuela.

Su propuesta es “afinar una serie de sentencias reiteradas al respecto” para llegar a una conclusión que pone, de nuevo, al trabajo: no hay análisis sin Escuela, no hay analista sin Escuela, pero esa Escuela que fundó Lacan, hecha de sujetos singulares al servicio del discurso del analista, al igual que La mujer, no existe, más bien hay que hacerla *existir*.

¿Cómo continuar hoy con el camino de hacer *ex –sistir* la Escuela?, ¿cómo sostener “la imposible conversación en la época del Otro roto” ?, es la pregunta que centra el texto de José Ramón Ubieto.

El pase, el cartel, son nuestras herramientas de transmisión “de ese saber particular que cada uno produce acerca de su goce en la comunidad de experiencia -en tanto analizantes- que es la Escuela”

Hay una tercera vía, que no es nueva sino una vieja tradición: la conversación con otras disciplinas acerca de la actualidad. La cuestión es el estrecho margen de su posibilidad, -si queremos no desviarnos de la orientación hacia lo real-, tal como deletrea Ubieto: sostener esas zonas de opacidad para las que “ninguna aplicación de lo ya sabido puede funcionar”, “la deducción no sirve y es preciso anticiparse”, no se trata de la negociación, no hay la última palabra, no es el régimen de la opinión... La sorpresa, el sin sentido y el humor como ingredientes básicos.

Pepa Freiría

¿Hay análisis sin Escuela?

Manuel Montalbán Peregrín

Me detengo en una afirmación contenida en el texto de presentación del VI Encuentro de Elucidación de Escuela “Transmisión y deseo de Escuela”. Una frase que recoge una idea planteada ya por Marta Serra en su texto “Deseo de Escuela”, en los preparativos de las XVII Jornadas de la ELP: “El deseo de Escuela no parece necesario para analizarse, para ello no se requiere una Escuela, sino un analista”.

Podemos orientar la expresión de manera variada, aunque también paradójica. Hay tres términos a considerar “deseo del análisis”, “deseo del analista” y “deseo de Escuela”. Probablemente, un paciente potencial recurre a un analista sin plantearse previamente su relación a Escuela alguna. *Su*, ni del paciente, ni del analista. Alguien nos lo envía, los datos del analista aparecen en las redes sociales, etc. Pero también es posible que el analizante llame a la puerta del analista porque ha tenido algún contacto inicial con la Escuela, o al menos con el Campo Freudiano. Es más, si tuviéramos que derivar a un familiar o un amigo a un analista, ¿lo haríamos a un colega extra-Escuela, digamos, ¿un analista-sin-Escuela?, ¿su vinculación a la Escuela sería algo accesorio? ¿Es suficiente, por tanto, una autorización como analista?

Hace muchos años, encontré en el título de un texto de Rachel Fajerstajn la expresión “una mujer sin Escuela” (1), referida a Lou Andréas-Salomé, que me viene a la memoria. La autora resaltaba como las escuelas de la intelectual y psicoanalista, amiga de Nietzsche, Rilke y Freud, entre otros, consistieron en toda una serie de encuentros entusiastas, de los que resultaron relevantes experiencias y aprendizajes que orientaron su pensamiento y su práctica. Ante el afecto, correspondido, que mostraba por Freud, éste le dijo en alguna ocasión que era al psicoanálisis al que debería estar agradecida, y no a él, a lo que Lou le respondió que había sido él la puerta de entrada al psicoanálisis y que ya eran indisociables, un puerto de amarre. De hecho, en sus diarios, el periodo entre 1912-13 lo denomina “*In der Schule bei Freud*”. Fajerstajn resalta entre sus aportaciones algunas líneas coincidentes con desarrollos lacanianos, sobre todo respecto a la contingencia y su papel en el encuentro sexual, la ética, la primacía del deseo, la singularidad y las referencias al goce femenino. En su *Obituario*, Freud expresa el honor que representó su ingreso en las filas de la IPA (1922) y la define como compañera de lucha. Interpreto ahora ese “una mujer sin Escuela” no tanto como una analista sin escuela, cuanto testimonio de la dificultad en la historia del

psicoanálisis para acoger la pregunta por la feminidad, que Lacan convertirá en punto vivo de toda su enseñanza. Volveré sobre esto en las líneas finales de esta contribución.

En general, alguien demanda un análisis porque está sufriendo, pasándolo mal. Y el psicoanálisis no es ajeno a aliviar el malestar derivado de los síntomas, pero Lacan también formuló que el proceso terapéutico lo es por añadidura. De entrada, el analista lacaniano, no parte de una idea previa de lo que es el bien del sujeto, sino de la división subjetiva. Obturar esa división es la apuesta por el bien universal promovida por las psicoterapias. Más bien al contrario, la terapia de deseo y goce que propone el psicoanálisis es, ante todo, una ética. Curar síntomas no es la expresión definitiva de lo que llamamos el deseo del analista, que Jacques-Alain Miller (2) vincula a alcanzar lo real, reducir al Otro a su real y liberarlo del sentido, hacer existir la pulsión de la (buena) manera singular para sujeto, una vez atravesado el fantasma, sin justificación del Otro y sus ideales.

Lacan, en la cita imprescindible del último párrafo del último capítulo del Seminario 11(3) concluye con el deseo del análisis. No se trata de algo tan sencillo como una dialéctica del deseo del analizante en su encuentro con el deseo del analista, al modo, por ejemplo, de la dialéctica del amo y el esclavo. Algunas páginas antes, Lacan (4) define el deseo del analista en relación con un contramovimiento: si la transferencia es aquello que de la pulsión aparta la demanda, el deseo del analista la devuelve a la pulsión, y por esa vía aísla el objeto a y lo mantiene a la mayor distancia posible del I, para ir más allá del plano de la idealización. El deseo del análisis entonces como deseo no puro, justo por esa ruptura de la coalescencia entre ideal y objeto a. Un deseo atípico, propio de su función, de obtener la diferencia absoluta, esa que se alcanza cuando el sujeto es confrontado al S1 y accede por primera vez a su condición de sujeción a éste. C. Alberti (5) lo resume afirmando: El deseo del analista es un deseo de análisis, que haya análisis, que exista en el mundo.

En una entrevista para *El País*, el 01 de marzo de 1990, Jacques-Alain Miller (6) responde que, al contrario de lo que se exige para muchas profesiones liberales, la formación de los analistas carece de *objetividad*. No existe ningún diploma que pueda garantizar esa competencia del deseo del analista, más allá de los fundamentos neuróticos del mismo: saber escuchar, salvar, ayudar, disputar, contrastar...

Se trata, sin duda, de un hecho de experiencia, lo que condiciona también un callejón sin salida por estructura, y es que se puede afirmar que *El*

psicoanalista, como *La Mujer*, no existe. A ese agujero responde Lacan en el Acta de Fundación de la EFP (7), de 1964, Escuela "(...) que restaure el filo cortante de la verdad, que vuelva a conducir a la praxis original que él instituyó bajo el nombre de psicoanálisis al deber que le corresponde en nuestro mundo y que, mediante una crítica asidua, denuncie en él las desviaciones y los compromisos que amortiguan su progreso degradando su empleo". Una Escuela que garantice la formación del analista, y que la práctica que se deriva de esa formación sea psicoanalítica.

Considero que, desde esta perspectiva, podemos afinar una serie de sentencias reiteradas al respecto:

No hay análisis sin analista, su presencia real forma parte del propio concepto de inconsciente, y es que el inconsciente en juego no se revela, de entrada, sin transferencia, no surge sin ese interlocutor que encarna al Sujeto-Supuesto-Saber. La paradoja de esta posición para el analista es que debe ofrecer el deseo que su acto comporta, para que pueda aparecer en ese lugar el deseo del analizante. En 2009 Judith Miller (8) aclara que están los que creen hacer un análisis, y no lo hacen, porque aquel que pretende permitírsele no se lo permite verdaderamente. A este "No hay análisis sin analista", habría que añadir la demostración que el "acto" verifica sobre si alguien tuvo ese lugar del analista. De hecho, no todos aquellos que quieren hacer un análisis tienen la oportunidad de encontrar a ese alguien. Esta lógica nos dirige a la segunda declinación.

No hay analista sin análisis. Su formación privilegiada es su análisis (junto al control y la episteme), el cual consiste, como nos aclara Miller (9), en aprender a bien decir e incluso lo que quiere decir hablar. Esa es su formación profesional, la destinada a interpretar, para lo que debe aprender a hablar en su análisis. Ello implica haber hecho la experiencia del propio inconsciente, haber desentrañado algo del saber, transitar del saber supuesto, al comienzo, al no-saber, saber asegurado del final del análisis, sobre el decir mismo, condición necesaria para que el analista sirva de soporte a ese *objeto a* separador, encarnando al objeto causa del deseo analizante. Esto se traduce también en alterar la aspiración común a la producción de sentido, frente a la invención de un saber nuevo a partir del fuera-de-sentido. El pase es testimonio certero del anudamiento entre el análisis personal y el deseo del analista que, para Lacan, sólo se sitúa por el acto, más allá de lo que podríamos llamar el deseo de "ser" analista. El deseo de ser analista nos dirige al asociacionismo, el deseo del analista orienta hacia la Escuela.

Y es que *no hay analista sin Escuela*. Lacan eligió la noción Escuela para distinguirla de la tradición histórica de asociaciones analíticas posfreudianas. Una Escuela con soporte institucional pero no identificada a ese soporte, abierta a lo inédito, pues trata de hacer existir el discurso analítico. Escuela-sujeto, trayendo a primer plano su descompletamiento, la tensión entre la Escuela como institución, como experiencia propia y como concepto a desarrollar en torno a la pregunta qué es un psicoanalista. A través del pase, la Escuela es el terreno abonado para pensar el final de análisis, el paso de analizante a analista, y el futuro mismo del psicoanálisis ligado a las soluciones singulares que ilustran, pero no clausuran, esa pregunta. Stevens (10) retoma la singularidad de la diferencia absoluta para distinguir dos tipos de instituciones analíticas. Una primera, reuniría sujetos singulares al servicio del discurso del analista, dando lugar a una Escuela para el psicoanálisis, la Escuela que quería Jacques Lacan. Otra, una institución de psicoanalistas reunidos en el concierto de las pequeñas diferencias, al modo de los colegios profesionales.

Una conclusión para seguir pensando: *No hay psicoanálisis sin Escuela, no hay análisis sin Escuela*.

Pero la Escuela lacaniana no se funda en la tradición sino en el acto de Lacan. Frente a las siglas de las asociaciones clásicas que copaban la P del significante psicoanálisis, Lacan elige la F de Freud, Campo Freudiano, transformando a Freud en una causa diferente al malestar, *das Unbehagen*, en la cultura. Incluso, la Escuela se disuelve y se refunda haciendo subsistir un lazo social inédito, alternativo a la necesidad de sindicarse. Son ganas, más bien, de hacerla *ex-sistir*: y es que, en principio, dice Lacan (11) “La Causa freudiana no es Escuela, sino Campo -donde cada cual tendrá vía libre para demostrar qué hace con el saber que la experiencia deposita”. Y concluye su *D'écolage* con una referencia al malentendido sexual, desarreglo esencial de la sexualidad humana, dualismo en forma de vacilación del sujeto respecto a su ser masculino o femenino, otra cosa que una bisexualidad biológica. Freud se percata en su experiencia que no hay nada que represente la bipolaridad sexual más allá de la dupla actividad-pasividad. Y esto deja abierta la cuestión de la sexualidad en la mujer, y la no-relación. La marca lacaniana en esta refundación: A pesar de no estar privadas de él, el goce fálico no acerca las mujeres a los hombres, sino que más bien las aleja, pues ese goce hace de obstáculo al emparejamiento. Esta, dice Lacan, es la puesta a punto para reiniciar la marcha.

Notas:

- (1) Fajersztajn, R., "Lou Andréas-Salomé, una mujer son Escuela", *Uno por Uno*, 42, otoño, 1995, p. 94-104.
- (2) Miller J.-A., "Lo real en el siglo XXI", *Presentación del tema del IX Congreso de la AMP*, en www.wapol.org/es
- (3) Lacan, J. *El Seminario, Libro 11, Los cuatro conceptos fundamentales del psicoanálisis*, Paidós. Barcelona-Buenos Aires, 1987, p. 284.
- (4) *Ibíd.* p. 281.
- (5) Alberti, C. "Deseo de psicoanálisis. A propósito de la creación del Centro de Estudios y de Investigación sobre el autismo de la ECF", *Lacan Cotidiano* (Edición en español), 13 de noviembre de 2017, en <http://ampblog2006.blogspot.com/2017/11/editorial-christiane-alberti-deseo-de.html>
- (6) Disponible en https://elpais.com/diario/1990/03/01/cultura/636246010_850215.html
- (7) Disponible en <https://elp.org.es/wp-content/uploads/2019/10/Acta-de-Fundacion-J-Lacan-1964.pdf>
- (8) Miller, J., "Bonita apuesta", *Diario de las Jornadas - N° 02*, EOL, Jueves 3 de septiembre de 2009. Disponible en http://www.eol.org.ar/template.asp?Sec=publicaciones&SubSec=on_line&File=on_line/jam/diarios_jornadas/002.html
- (9) Miller, J.-A., *El banquete de los analistas*, Paidós, Buenos Aires, 2011, p. 95.
- (10) Stevens, A., "Las pequeñas diferencias y la diferencia absoluta", *Virtualia*, 1, 3, octubre, 2001. Disponible en <http://www.revistavirtualia.com/articulos/751/destacados/las-pequenas-diferencias-y-la-diferencia-absoluta>
- (11) Lacan, J., *Decolaje o despegue de la Escuela*. Disponible en https://www.wapol.org/es/las_escuelas/TemplateArticulo.asp?intTipoPagina=4&intEdicion=1&intIdiomaPublicacion=1&intArticulo=159&intIdiomaArticulo=1&intPublicacion=10

La conversación imposible en la época del Otro roto

José R. Ubieta

El Consejo ha constatado en su comunicado algo que ya veníamos hablando en la escuela: la ELP está estancada en su crecimiento y eso complica el relevo generacional, a la par que provoca dificultades en las permutaciones debidas a "una gradual deslibidinización del ejercicio de los cargos". Algo de lo establecido impone su *automaton*, dejando menos margen a la *tyche*. Hay factores externos nada desdeñables ligados a la incidencia del discurso del amo y de su versión universitaria (políticas de salud mental, enseñanza universitaria) pero creo que nos conviene -sin ignorarlos- centrarnos en el interior mismo de la vida de la escuela.

Lacan se refería – con la decepción posterior a su Proposición sobre el Pase- a la imposibilidad de la conversación en estos términos: "Los psicoanalistas son los sabios de un saber acerca del cual no pueden

conversar” y agregaba que de ahí procedía su asociación con “los que no comparten con él ese saber sino por no poder intercambiarlo”(1). Cada uno con su causa pero, recordaba Caroline Leduc en este mismo boletín, unidos por una misma meta.

¿Cómo sostener esa conversación en la época del Otro roto(2) para continuar con el camino de hacer existir la Escuela de Lacan en los tiempos de hoy, como propone el Consejo?

Tenemos las herramientas. El pase es el instrumento *princeps* que une transmisión y deseo de escuela, pone a trabajar la tensión entre lo analizado (ya sabido) y lo singular a transmitir, destituyendo cualquier suficiencia. Por eso fue rechazado en el 67 y contribuyó de manera decisiva a la disolución posterior de la EFP y el nacimiento de la actual ECF.

El cartel es el otro instrumento clave. La pandemia, en su imperativo de distancia social, paradójicamente ha favorecido cierto *affectio societatis* en el seno de la ELP, cuyo trabajo se ha compartido virtualmente. Lo revisable es el riesgo que implica al deslocalizar la transferencia de trabajo en cada sede.

Tanto uno como otro, implican un esfuerzo de transmisión de ese saber particular que cada uno produce acerca de su goce en la comunidad de experiencia -en tanto analizantes- que es la Escuela, que más allá de su carácter asociativo la consideramos un suplemento del discurso analítico.

Una tercera vía para sostener el deseo vivo está en la conversación con otras disciplinas acerca de la actualidad. Una conversación bien orientada hacia lo real, que implica renunciar a la posición de amo y abrirse a los interrogantes, los nuestros, pero también los de ellos. Es una vieja tradición en el psicoanálisis. Tanto Lacan -y antes Freud- como Miller nos han enseñado el esfuerzo de esa conversación imposible con la lógica, la filosofía, la lingüística, la topología, el arte, que permite producir algo de la invención.

Miller retoma un concepto de Peirce -abducción- como un requisito clave para esa conversación que nos conviene (3). Este concepto implica que hay ciertas zonas de la elaboración de saber en las que no se puede operar sin la capacidad de adivinar, puesto que ninguna aplicación de lo ya sabido puede funcionar. La deducción no sirve y es preciso anticiparse. La conversación sólo es posible en el límite vacilante entre lo ya sabido y lo

no sabido. En esta idea, ve Miller el fundamento del postanalítico, otra vía de la conversación permanente.

Esta conversación es -dice Miller- “la puesta en acto de la desuposición del saber del Uno...del saber soportado por uno solo”, lo que implica que siempre queda algo por decir. Si la ciencia releva -con su mutismo- el lugar vacío que deja el Nombre del Padre, el psicoanálisis instala en ese lugar la conversación. La Escuela, como fuerza exterior a la práctica misma del analista, aviva el deseo de saber restableciendo una relación con el sujeto supuesto saber, distinta de la enseñanza de lo ya sabido. La conversación opera allí como modelo práctico de relación con una “honesta ignorancia”(4) y se opone a la modalidad de la negociación, que Lacan situaba como el funcionamiento de la IPA. Honestidad hay que entenderlo como un volver sobre lo ya deducido para mirarlo de otra manera, verificando el carácter tridimensional de las verdades a diferencia del saber del Uno. Lo cual favorece acoger las preguntas e intervenciones de los más jóvenes, cuestión esencial hoy para la escuela.

Esa pragmática de la conversación, donde no hay la última palabra, requiere acoger la sorpresa, el sinsentido y el humor como sus ingredientes básicos(5). La conversación no es el régimen de las opiniones, hay que asegurarse que estamos viendo dónde está la cosa, el problema: “poner el objeto a en el lugar adecuado, más allá de lo que uno dice”(6).

Su objetivo no puede ser otro que producir una clínica que tenga una incidencia sobre las nominaciones de lo real en nuestras culturas (7). El deseo de escuela y el porvenir de la transmisión del psicoanálisis dependerán, sin duda, de sostener esa conversación imposible, práctica esencial de los miembros de la escuela, a partir de estos 3 ejes: pase, cartel, extensión.

NOTAS:

(1) Jacques Lacan. “Del Psicoanálisis en sus relaciones con la realidad”. *Otros escritos*. Buenos Aires, Paidós, 2012.

(2) Jacques Lacan. El Seminario, libro XXIV, “L’insu que sait de l’une-béuve s’aile à mourre ». Inédito, clase del 10 de mayo de 1977.

(3) Jacques-Alain Miller. “Lo postanalítico”. Conferencias porteñas tomo 3. Buenos Aires, Paidós, 2010.

(4) Ídem.

(5) José R. Ubieta. *El mundo pos-COVID. Entre la presencia y lo virtual*. Barcelona, Ned, 2021.

(6) Éric Laurent. *Cómo se enseña la clínica*. Buenos Aires, ICBA, 2007

(7) Éric Laurent. “Herejía y deseo”. *ORNICAR? Digital*, nº 155, 2001.

TRANSMISIÓN

Boletín digital del VI Encuentro de Elucidación de Escuela

Edición a cargo de Xavier Giner y Félix Rueda



Comité editorial: Pepa Freiría, Ruth Pinkasz, Montse Puig, Xavier Giner y Félix Rueda

transmisión y deseo de Escuela

VI encuentro de elucidación de Escuela

16 de abril 2021

de 18:00 a 21:00

vía zoom